

# Reflexión y crítica

## Racionalidad y racionalización

Sergio Rábade Romeo

Racionalidad y racionalización son dos caras del mismo problema, el haz y el envés de la misma hoja, la consideración estática y la consideración dinámica del ámbito de la razón. Cada animal —el pez, el rumiante, el ave...— necesitan su medio de existencia y de desarrollo. Pues bien, el hombre como animal de razón necesita también su medio propio, necesita el ámbito de la racionalidad, un ámbito donde se den las normas, los procesos, los resultados sin los que no puede vivir un «animal de razón». Un hombre restringido al ámbito del puro, o casi puro instinto, por ejemplo, el ámbito de los «niños lobo» o los «niños gacela», no es el ámbito de los hombres, sino, a lo más, de hombres casi reducidos al nivel de la simple animalidad. La racionalidad no es fácil por ser necesaria; es un ámbito de resistencias, como el aire es un ámbito de resistencias para el pájaro, pero sin las resistencias del aire, el pájaro no podría volar. Y sin las resistencias que la razón encuentra, no hay vida de la razón para el hombre.

Pero debemos aclarar la no identidad de racionalidad y racionalización. Hablar de racionalidad es hablar del ámbito de la razón en su consideración estática, mientras que hablar de la racionalización es hablar del dinamismo esencial a ese mismo ámbito. La racionalidad es algo en lo que «se está», algo que se nos impone. Todo hombre instalado en nivel de cultura, por bajo que dicho nivel sea, está en un ámbito de racionalidad, se ajusta a unas coordenadas de racionalidad. Frente a esto, la racionalización no es algo en lo que se está, sino algo a lo que se aspira, algo por lo que se trabaja, algo que se busca con mayor o menor rigor. Todo ámbito de racionalidad hubo de ser antecedido por procesos de racionalización más o menos exigentes, aunque sean sólo de racionalización mítica. A su vez, cabe decir que el hombre casi nunca se sosiega en un determinado ámbito de racionalidad, sino que busca ampliarlo o profundizarlo con nuevos procesos de racionalización.

Desde esta perspectiva la cultura occidental, a pesar de haber alcanzado desde el mundo clásico griego un alto nivel de racionalidad, no ha cesado desde entonces en buscar la apertura de nuevas vías de racionalización: cada sistema filosófico es una nueva puesta en ejercicio de ese insaciable intento. Como la racionalización es una tarea inacabable, indefinida, ningún sistema pudo cerrar el proceso. Siempre quedó abierto y hay que pensar que siempre quedará abierto.

### *El postulado de racionalidad*

La racionalidad —decíamos— le es tan necesaria al hombre como el aire al pájaro. No es una hipérbole, es la simple expresión de la realidad de la vida —no puramente fisiológica— del hombre que merezca el mínimo calificativo de normal. Como «manipulador» de la naturaleza, como miembro de sociedades nunca puramente estáticas, como ser que hace un uso técnico de su conocer, como actor de un progreso zigzagueante, pero no interrumpido, el hombre necesita estar instalado en ámbito de racionalidad. Sin el presupuesto o postulado de una cierta racionalidad de la realidad, del universo, no sólo carecería de sentido casi toda la actividad del hombre, sino que toda la humanidad posiblemente no hubiera llegado a alcanzar la cultura de las cavernas.

Veámoslo en un ejemplo concreto, el de la ciencia. En el fondo de todo quehacer científico, como dice Meyerson, subyace el postulado de que la naturaleza es explicable y de que sus procesos se conforman con los caminos que sigue nuestra razón<sup>1</sup>. Si no diéramos por supuesta la racionalidad de la naturaleza, ni siquiera tendría sentido que dirigiéramos hacia ella la actividad de nuestra razón. Reparemos en que no se trata de que, de heho, conozcamos el funcionamiento racional de la naturaleza. A lo más podemos creer que conocemos una parcela muy limitada de ese funcionamiento. No importa: extendemos a toda la naturaleza lo que creemos tener averiguado de alguna o algunas de sus partes<sup>2</sup>. Acaso el *nous* de Anaxágoras, poniendo orden en la realidad, sea una de las primeras concreciones culturales de este postulado de la racionalidad de lo real.

Presupuesto, postulado, hipótesis...: la ciencia no echaría a andar si no contara con él. Y no se trata simplemente de que se postule que la realidad o naturaleza está estructurada con arreglo a norma, sino que se postula que esa estructura es componible con la de nuestra inteligencia, está o puede ponerse de acuerdo con ella<sup>3</sup>. Hay una legalidad natural —sea cual sea la naturaleza de esa legalidad— y esa legalidad se ajusta básicamente a los cánones

<sup>1</sup> E. MEYERSON: *De l'explication dans les sciences*. Payot. París, 1927, lib. I, p. 97.

<sup>2</sup> L. c., pp. 97-98.

<sup>3</sup> O. c., 112.

que rigen la estructura y funcionamiento de la mente humana. Como recalca el propio Meyerson, «el saber científico, en el sentido en que hemos reconocido su esencia, no hubiera podido desarrollarse, si la esperanza de ver la naturaleza racionalizada, inteligible, no hubiera encontrado una satisfacción incompleta, pero, a pesar de ello, real. Se hace, pues, preciso que haya, ..., entre nuestro entendimiento y el mundo que nos rodea un acuerdo, al menos parcial<sup>4</sup>». Desde un contexto muy distinto, apoyaría esta posición J. P. Sartre, quien, tras decir que los físicos no se preocupan de encontrar el fundamento de sus inducciones, afirma: «Sin embargo, se trata de un principio general y formal: se dan relaciones rigurosas entre los hechos. Lo cual quiere decir: lo real es racional. ¿Es esto incluso un principio en el sentido ordinario del término? Digamos más bien que es la condición y la estructura fundamental de la *praxis* científica: a través de la experimentación, como a través de toda otra forma de actividad, la acción humana pone e impone su propia posibilidad»<sup>5</sup>.

No hace falta advertir que, si esto es así para el conocimiento científico, que se plantea y concibe a sí mismo como restringido a una parcela o aspecto determinado de la naturaleza, la postulación de la racionalidad de lo real, del universo, es algo con lo que ha contado siempre la filosofía. Dudaría muchas veces sobre la posibilidad de llegar a conocer esa racionalidad, pero muy pocas, si es que alguna, ha dudado de la racionalidad misma.

Ahora bien, el postulado de la racionalidad tiene dos campos distintos, a los que podríamos llamar racionalidad subjetiva y racionalidad objetiva. Por racionalidad subjetiva entendemos la «capacidad de razonar» propia del hombre, mientras que por racionalidad objetiva nos referimos a esa conformidad o acuerdo, al menos relativo, de las cosas con nuestra razón, en el sentido que venimos exponiendo. Podríamos expresar esto de otra manera, diciendo que la racionalidad subjetiva es el poder que la mente humana tiene de proyectar su luz sobre los objetos de que se ocupa, y que la racionalidad objetiva consiste básicamente en una cierta permeabilidad de las cosas a nuestra mente. Está claro, por las expresiones de que nos valemos, que no pretendemos que para hablar de racionalidad objetiva, sea preciso admitir que conocemos las esencias de las cosas.

Es obvio que sólo hay racionalidad por respecto a una razón que la ejerce o por respecto a una razón para la que las cosas se hacen, de alguna manera, patentes. Es decir, la racionalidad es un despliegue relacional de la razón hacia las cosas o de las cosas hacia la razón. Podríamos decir que, nuclearmente, todo ese conjunto de relaciones consiste en establecer una red de «significaciones objetivas» que, bien tengan su fundamento primero en la razón misma o bien en las cosas consideradas por la razón, son sacadas a la

<sup>4</sup> O. c., pp. 571-572.

<sup>5</sup> J. P. SARTRE: *Critique de la raison dialectique*. Gallimard. París, 1960, p. 118.

luz por la razón, que, además, las ordenará y jerarquizará en un sistema de conocimientos y de pensamientos, que, con mayor o menor coherencia, debe abarcar todo el edificio del saber de cada sujeto particular.

Ahora bien, todo este complejo mundo relacional de la racionalidad no es un mundo arbitrario o anárquico, sino que es un mundo «canónico», un mundo de normas y de legalidades. La razón humana es esencialmente normante, por cuanto necesita operar con las normas que ella misma se da, ya que resultaría absurdo que hubiera unas normas racionales que la razón no se hubiera dado a sí misma. El modo como la razón se da a sí misma o extrae de sí las normas puede entenderse de maneras muy distintas, según cabrá ver al ocuparnos de los primeros principios. Incluso, contra lo que pudiera parecer, se puede afirmar que los sistemas axiomáticos convencionales son un ejemplo más claro de la razón autonormante que la propia teoría clásica de los primeros principios. Desde esta perspectiva, la racionalidad está integrada tanto por la razón constituyente como por la razón constituida. La razón constituyente es la razón que emite e impone unas normas; la razón constituida es el resultado del operar de la razón en ajuste a tales normas. Casi todo el saber humano está a nivel de razón constituida. Posiblemente sólo la filosofía, muy especialmente la teoría del conocimiento, tiene como campo preferente la razón constituyente, es decir, el análisis de la razón, o de lo que por razón se entienda, en orden a descubrir las fuentes y cauces de su dinamismo legislante. Sin este estudio de la razón constituyente, es obvio que toda aceptación del saber constituido debe tener un cierto sentido de provisionalidad, al menos frente a una actitud crítica rigurosa.

Por eso, la racionalidad de los saberes científico-positivos es, para esa actitud crítica rigurosa, una racionalidad limitada. En efecto, el científico opera, casi siempre sin someterlas a discusión, con las leyes que en aquel momento se le presentan como válidas y eficaces para el elenco de datos que constituyen el campo de su saber particular. Pero ni supone que las leyes no puedan ser otras ni que no puedan presentarse nuevos datos que exijan precisamente que las leyes sean otras. Es decir, se mueve, con expresión de Sartre, en una racionalidad provisional<sup>6</sup>. Cada ciencia, por la limitación de su campo objetivo, manteniendo un ideal de racionalidad, esa racionalidad, además de su provisionalidad, es de horizonte limitado. Con la filosofía desaparece esta limitación de horizonte por no ser la filosofía un saber particular. Pero la filosofía ha aspirado siempre a que la racionalidad que ella defiende no sea una racionalidad provisional. Hasta tal punto es esto así, que la eterna tentación de todos los sistemas y de todos los filósofos es la tentación de considerar que la racionalidad por ellos obtenida y explicada es la racionalidad definitiva.

---

<sup>6</sup> O. c., pp. 118-119.

*La racionalidad y sus procesos*

Decíamos antes que la racionalidad es como un ámbito en el que el hombre normal vive y está, incluso sin que sea necesario que tome conciencia de este «estar en la racionalidad». Efectivamente, sucede que, por el mero hecho de pertenecer y de estar integrados en una determinada cultura, se está automáticamente en un determinado ámbito de racionalidad, en el ámbito que esa cultura haya alcanzado. Decíamos también que no hay ningún nivel de racionalidad que merezca ser calificado como definitivo: toda cultura es mejorable y, por tanto, también todo nivel de racionalidad.

Pues bien este tomar conciencia de la provisionalidad, de cualquier ámbito de racionalidad es ya un superar ese nivel de racionalidad en la búsqueda de nuevos procesos de racionalización, que, por fuerza, habrán de modificar el nivel de racionalidad. Pero esto supone una toma de conciencia expresa, toma de conciencia que sólo puede llevarse a cabo en una actitud reflexiva. Y en una actitud reflexiva activa, dinámica. Racionalizar es conquistar, o intentar conquistar, nuevas «razones» que fundamenten, profundicen o amplíen la racionalidad en la que estamos.

Dejemos bien claro que, propiamente, racionalizar no es conocer, o, al menos, no implica necesariamente adquirir nuevos conocimientos, sino que, más bien, la racionalización significa una reestructuración, una sistematización, una jerarquización de los conocimientos ya poseídos. Recurriendo a una distinción Kantiana, cabría decir que racionalizar es «pensar» los conocimientos, dando al pensar toda la amplitud que el «pensar» tiene en la *Dialéctica Trascendental* kantiana. En la racionalización se dan por supuestos los diversos conocimientos, pero se busca vertebrarlos en un proceso de fundamentación que, por fuerza, habrá de implicar la inserción de esos conocimientos en una estructura sistemática. Los conocimientos «sueltos» no son conocimientos racionalizados, aunque sean perfectamente racionales. La racionalización significa conexión, vinculación, ordenación, sistematización..., es decir, un orden interno de los conocimientos según una jerarquía de razones.

La racionalización ha sido una meta —acaso la única meta— a la que ha aspirado nuestra filosofía occidental desde su nacimiento en Grecia. «El ideal del racionalismo —y toda filosofía, decimos nosotros, es un cierto racionalismo, incluso los llamados irracionalismos— es, desde antiguo, un sistema de validez universal como unidad de todos los conocimientos, el cual en cuanto sea posible, debe tener la forma de una 'pirámide de conceptos' <sup>7</sup>». Este ideal puede ser y, por los resultados históricos, es una utopía, pero, según nos dice el mismo autor, tiene el atractivo y fascinación de todas las

---

<sup>7</sup> R. MULLER-FREIENFELS: *Irrationalismus. Umriss einer Erkenntnislehre*. Felix Meiner. Leipzig, 1922, p. 269.

utopías. Este ideal no ha sido alcanzado, y casi diríamos que *afortunadamente* no ha sido alcanzado porque, si no, vegetaríamos como momias en una racionalidad ya inerte.

Dice Heidegger que a la naturaleza de la razón le pertenece *rationem reddere*, dar razón, rendir cuentas<sup>8</sup>. Así es, en efecto. La razón, en cuanto distinta del entendimiento, bien sea en su naturaleza, bien sea en sus funciones, no tiene como tarea enriquecer al hombre con novedades de conocimiento, sino dar razón de todos los conocimientos habidos. Mas, como ese «dar razón» se ha de llevar a cabo desde esos conocimientos, compete a la razón ordenarlos y sistematizarlos de tal manera que haya conocimientos fundantes y conocimientos fundados. Como es obvio, si no se quiere sucumbir al *processus in infinitum*, parece que tiene que haber conocimientos autofundantes: este es el momento y el problema de los famosos primeros principios. Dicho de otra manera, racionalizar es ordenar los conocimientos en una cadena de por qué y de sus respuestas. Pues bien, si la razón ha de encontrar en este proceso un sosiego final, parece que, al final de la cadena, el por qué y su respuesta han de coincidir en el mismo conocimiento, intuición, juicio o principio.

En consecuencia, la racionalización es un proceso o conjunto de procesos «fundantes» del conocimiento, por más que este proceso de fundamentación implique simultáneamente procesos de clarificación, de simplificación, de ordenación, etc. Vamos a detenernos algo más en este proceso racionalizador.

En primer lugar, insistamos en que no es posible racionalizar sin ordenar nuestros conocimientos. Expresa muy bien esto Santayana, al afirmar que la razón es un principio u orden potencial, que tiene que empezar por existir idealmente en nosotros. En su opinión, la razón añade a los materiales del conocimiento «exclusivamente el orden perfecto que introduce en ellos. La racionalidad no es otra cosa que una forma, una estructura ideal que la experiencia puede encarnar en mayor o menor grado<sup>9</sup>». Importa recalcar el carácter de orden «ideal», por cuanto se trata de un orden que no se debe a los diversos conocimientos como «materiales» sobre los que trabaja la razón, ni procede, al menos primordialmente, de las cosas conocidas, sino que es un orden de la razón, un orden que la razón impone. Es decir, la razón es ordenadora, es una facultad «canónica» que se ajusta a normas, a reglas, a principios. Esas normas o principios son como el sistema nervioso que organiza el dinamismo racionalizante que le es inherente a la razón misma. Cabría también decir que el orden es «ideal» en cuanto apunta al logro de un sistema. Y, como tal sistema no puede darse nunca por definitivamente cerrado, ya

<sup>8</sup> M. HEIDEGGER: *Der Satz vom Grund*. Verlag G. Neske. Pfullingen, 5ª ed., 1978, pp. 168-169.

<sup>9</sup> G. SANTAYANA: *Reason in Religion*. Volumen three of *The Life of Reason*. Collier Books. New York, 1962, p. 12.

que siempre cabe un *plus*, tanto en el número de conocimientos como en el perfeccionamiento de los mismos, la aspiración a un sistema total es siempre una aspiración ideal a que se tiende, pero que nunca puede llegar a total cumplimiento. Ello quiere decir que la racionalización desde la razón humana es siempre una racionalización imperfecta. Es una cadena a la que nunca somos capaces de ponerle el último eslabón. Pero lo importante está en que los eslabones formen una cadena y no sean un montón informe de anillos.

En segundo lugar, en este proceso de ordenación racionalizadora se lleva a cabo sincrónicamente un proceso de categorización simplificadora. Si se tiene en cuenta que todo proceso cognoscitivo es un proceso de categorización —empezamos a categorizar cuando percibimos un objeto como *tal* objeto— no debe extrañarnos que en el nivel supremo de la razón se extreme esa función categorizadora, en el sentido de reducir la pluralidad ingobernable de categorías de los niveles originarios de conocimiento a la economía funcional de unos esquemas categoriales compuestos de un número exiguo de categorías, pero que compensan la exigüidad del número con la amplitud semántica. Toda filosofía con un mínimo de aspiraciones metafísicas ha contado siempre con su esquema categorial como medio de ordenación racional de la realidad. Estos esquemas categoriales se superponen a la realidad conocida como red que, ordenando esa realidad bajo las categorías, la simplifica para su manipulación cognoscitiva. El hombre no puede manejar la realidad en toda su complejidad: necesita las categorías como mediación simplificadora en su tratamiento cognoscitivo y racional. Se puede decir que esto es una simplificación empobrecedora, pero es una simplificación necesaria<sup>10</sup>. Desde esta perspectiva es importante aludir a la función racionalizadora del lenguaje por cuanto cada idioma es una importante forma de categorización del mundo de la realidad y de la cultura. Precisamente a través del lenguaje la razón de cada hombre paga una inevitable servidumbre a la comunidad lingüística a que pertenece en los procesos de racionalización. Sin negar iniciativas y aportaciones personales, racionalizamos en conformidad con la sociedad, con la cultura, con la época a la que inevitablemente pertenecemos.

Tras lo que acabamos de decir, se nos presenta el proceso de racionalización, en tercer lugar, como un proceso de unificación, por cuanto categorizar es, en definitiva, llevar a la unidad de las categorías la pluralidad dispersa de nuestros conocimientos. Parece innecesario insistir en este aspecto.

En cuarto lugar, racionalizar, según ya dejamos apuntado, es buscar el fundamento de nuestros conocimientos, el fundamento de su ordenación, de su categorización y de su unificación. Si no se busca un fundamento, la ordenación, la categorización y la unificación sistematizadora serían arbitra-

---

<sup>10</sup> R. CRAWSHAY-WILLIAMS: *The comforts of Umreason*. Kegan Paul. Londres, 1947, pp. 16-17.

rias, o sea, no racionales. Podemos llevar a cabo una ordenación meramente convencional, pero no podemos quedarnos en una ordenación arbitraria, ya que la arbitrariedad está en los antípodas del orden. «Fundamentar» no es, como nos avisa Heidegger, simplemente demostrar<sup>11</sup>. Esto sería reducir la fundamentación a una de sus posibles formas. Caben fundamentaciones de tipo trascendental, de reducción a intuiciones fundantes, etc. Sencillamente, el modo de fundamentación va a estar en dependencia de cada filosofía o de cada sistema filosófico. Más importante que la forma concreta de fundamentación es reconocer y llevar a ejecución la insoslayable necesidad que en sí misma descubre la razón de buscar el fundamento sólido sobre el que poner la primera piedra de su edificio racional.

Acabamos de aludir a que caben, según las filosofías, muy diversas formas de racionalización, respetando los caracteres básicos del proceso racionalizador anteriormente expuesto. Podemos empezar distinguiendo dos grandes tipos o formas de racionalización: *desde abajo* y *desde arriba*. En la racionalización *desde abajo* se parte de los conceptos o materiales empíricos que encontramos o se nos ofrecen en nuestra vida intelectual habitual, ordinaria. Desde ahí, mediante procesos de abstracción más o menos complicados, intentaremos reducir esos materiales a unas definiciones precisas, cuyos contenidos puedan aspirar a una validez universal o general. Este tipo de racionalización predomina en el campo de las ciencias de la naturaleza y consiste básicamente, como se echa de ver, en someter a depuración los materiales brutos del conocimiento ordinario o vulgar. Salta a la vista que se trata de una racionalización limitada en sus pretensiones, por cuanto ese tipo de saberes no se hace problema del último fundamento del valor «universal» de la definición con que, en términos generales, cierra el proceso.

Por el contrario, la racionalización *desde arriba* consiste en que se parte de unos conceptos «ideales» para proyectarlos sobre la realidad haciendo que ésta se ajuste a ellos. Este tipo de racionalización no es ajeno al pensar matemático<sup>12</sup>. También aquí tenemos que decir que, si la racionalización *desde arriba* se contenta con esto, es una racionalización limitada. Hay que comenzar por racionalizar esos conceptos «ideales» de que se parte. De no ser así, estamos a lo más, en una racionalización convencional, racionalización manifiestamente satisfactoria para un saber formal o formalizado, pero insatisfactoria para la filosofía, si es que no quiere renunciar a ser un cierto saber de la realidad.

Es decir, tanto la racionalización *desde abajo* como la racionalización *desde arriba* son aplicables en el campo de la filosofía, con tal de que el proceso de racionalización se abra a la búsqueda del fundamento de cada una de dichas formas de racionalización. No se puede negar, de paso, que la filosofía ha

---

<sup>11</sup> M. HEIDEGGER: *Vom Wesen des Grundes*, en *Festschrift Edmund Husserl zum 70 Geburtstag gewidmet*. Max Nimeyer. Tübingen, 2ª ed., 1974, p. 105.

<sup>12</sup> R. MÜLLER-FREIENFELS: O. c., pp. 88-89.



preferido, acaso en exceso, la racionalización *desde arriba*, aunque sólo sea porque parece dejar un mayor campo de acción a las iniciativas de la razón de los filósofos. La mejor confirmación de esta tendencia de la filosofía la tenemos en los racionalismos y en los idealismos, en los que muchas veces la racionalización implicaba someter los datos reales a la violencia de unas pretendidas exigencias de la razón.

Prescindiendo de esta clasificación, más clara que útil, de los procesos de racionalización, puede resultar ilustrativo, aducir, aunque no sea más que a título de ejemplo, alguna de las formas de racionalización de las que se ha servido la filosofía, o algunos filósofos, en el decurso de la historia.

En primer lugar, hay que aludir a las formas de racionalización llevadas a cabo desde la razón misma. El ejemplo modélico en este caso sería el de Kant. Se parte de una razón pensante, no cognoscente, de una razón que no opera con los datos inmediatos que la realidad ofrece al sujeto cognoscente, sino de una razón que opera sobre los conocimientos que le presenta el entendimiento como facultad con capacidad de llevar a cumplimiento los procesos de conocimiento objetivo. Esta razón debe encontrar en sí misma los elementos y principios que le permitan racionalizar esos conocimientos poseídos. La racionalización será ordenación, sistematización, unificación. Toda la nervatura del proceso se anuclea alrededor de las ideas, muy especialmente de la idea de Dios, principio ideal supremo de todo el dinamismo de la razón. Repárese que, aunque la razón no conoce, sin embargo la razón perfecciona el conocimiento objetivo, al «pensar» en orden sistemático y en unidad los múltiples conocimientos que le llegan del entendimiento. Esta racionalización no se refiere directamente a la realidad ni a sus datos fenoménicos, pero, según nos dice Kant, constituye una especie de esquema o de pauta a la que el entendimiento debe ajustarse a la hora de llevar a cabo el conocimiento objetivo. Es obvio que en Kant, al poner la razón como nivel superior al entendimiento, se está poniendo el pensar de la razón por encima del conocer del entendimiento. Por lo tanto, para él, la racionalización desde el pensar es la suprema forma de racionalización.

Otra forma de racionalización que ha contado con muchos adeptos es la que podríamos llamar racionalización *transcendente*. Es decir, frente a la racionalización Kantiana como racionalización *transcendental* que encuentra en la razón misma el fundamento de racionalización, cabe un planteamiento contrario: racionalizar desde una realidad privilegiada transcendente a la razón y al hombre. Históricamente esa realidad privilegiada ha sido Dios. La metafísica creacionista cristiana es su mejor ejemplo. La verdad es que este proceso de racionalización desde Dios, si no se quiere partir de un fideísmo que acepte a Dios por la revelación, ha de conjugarse con un previo proceso racionalizador que permita acceder cognoscitivamente a Dios. Es decir, la razón, contando con sus solas fuerzas, ha de ascender hasta Dios y determinar ciertos atributos fundamentales de Dios. Una vez logrado esto, desde Dios se clarifica la realidad total y sus aconteceres. El modo de conjugar este

doble proceso —la razón que llega a Dios y la razón que racionaliza desde Dios— ha sido muy variado: piénsese en casos tan típicos como el de Sto. Tomás que monta sus famosas vías sobre la aplicación del principio de causalidad al proceso explicativo de unos hechos naturales, o como el de Descartes, que llega a Dios aplicando también el principio de causalidad, pero a una idea que encuentra en el ámbito de la *cogitatio*, a la idea de infinito, tal como se nos expone en la III de sus *Meditaciones Metafísicas*.

Por fin, entre esos ejemplos destacados debe aludirse a las metafísicas del ser, como es el caso de Aristóteles. Este se presenta como un intento de racionalizar la realidad total desde la realidad misma, elaborando una compleja teoría del ser y de sus categorías que permitan reducir a unidad sistemática las más diversas realidades y los aconteceres de las mismas. Estas metafísicas del ser, al estilo de la de Aristóteles, son metafísicas realistas gnoseológicamente hablando, en el sentido de que dan por supuesto, con mayor o menor ingenuidad, el valor objetivo del conocimiento humano. No le faltaría razón a quien dijese que este supuesto invalidaba todo el proceso, ya que en un proceso de racionalización hay que empezar por fundamentar racionalmente el valor del conocimiento. Sin esta previa validación, toda otra validación queda en precario. Por eso, según va avanzando la actitud crítica y reflexiva de la filosofía, los procesos de racionalización se van centrando cada vez más en la razón misma, en sus leyes y principios, en las exigencias dimanantes de ella misma. Por eso mismo, sobre todo en la modernidad, la racionalización no es tanto ni principalmente racionalización de la realidad, sino racionalización de nuestro conocimiento de esa realidad. De nuevo hay que decir que, en esta línea, el ejemplo absolutamente modélico es el de Kant. Claro que Hegel dirá que no es congruente hablar de racionalización de la realidad o de racionalización de nuestro conocimiento de la realidad, porque no se trata de dos procesos distintos, sino, a lo más, de las dos caras de un mismo proceso. Y, evidentemente, para la razón dialéctica, igual que para la razón histórica y la razón vital, es decir, para la razón que se funde con la realidad, la racionalización ha de conjuntar en un solo proceso la racionalización de la realidad y la racionalización de nuestro conocimiento de la realidad.

Todavía unas observaciones para terminar. En primer lugar, aclarar, por si no ha quedado suficientemente expresado, que los procesos de racionalización apuntan a ultimidades, que pueden ser ultimidades reales u ónticas, como el Dios de la metafísica creacionista, o ultimidades pensadas, como el Dios-ideal de la razón en Kant. Ningún filósofo da por cerrado el proceso de racionalización mientras no estime que ha llegado al fundamento último sobre el que apoyar todo el proceso. No parece necesario recordar que, de Hegel para acá, han abundado poco los intentos de racionalizaciones totales. Las filosofías ganaron en humildad, pero perdieron en grandeza y en capacidad de estímulo a la reflexión y al pensamiento.

En segundo lugar, advertir que no hay ningún proceso de racionaliza-

## Racionalidad y racionalización

ción serio si no se ajusta a un método. Todo proceso de racionalización es necesariamente complejo. Sin la guía del método, el fracaso parece inevitable, lo cual no quiere decir que el método sea una póliza de seguro infalible. Pero no hay duda de que es necesario.

Por fin, subrayar que en los procesos de racionalización, sobre todo cuando es entendida como racionalización de nuestro conocimiento de la realidad, la razón se comporta como razón constituyente. Es igual que la racionalización sea un movimiento que va de los fundamentos a las consecuencias, o de las consecuencias a los fundamentos. En uno y otro caso es la razón la que legisla y regula su propio movimiento. Puede admitir colaboraciones, pero no puede supeditarse a nada ni a nadie que le quiera imponer una legislación extraña.